

GANADORA DEL
WORLD FANTASY AWARD

NNEDI OKORAFOR

QUIEN TEME A LA MUERTE

TRADUCIDO POR
CARLA BATALLER ESTRUCH

África postapocalíptica. El mundo ha cambiado drásticamente y, aun así, en una región de este continente dos pueblos siguen regando la tierra con sangre. Tras años esclavizando a la tribu okeke, los nurus han decidido seguir las indicaciones del Gran Libro y exterminarlos a todos. Una mujer okeke, superviviente de una terrible violación por parte de un general nuru, deambula por el desierto esperando a la muerte. En lugar de morir, da a luz a una niña con la piel y el pelo del color de la arena. Con la certeza de que su hija es especial, le da el nombre de Onyesonwu, que significa: «¿Quién teme a la muerte?».

Criada bajo la tutela de un tradicional y misterioso hechicero, Onyesonwu descubre su destino mágico, y su rebeldía le empujará a dejar su hogar en una aventura donde encontrará peligros que no podía imaginarse. Un viaje en el que deberá lidiar con la naturaleza, la tradición, la historia, el amor y su cultura, y aprender por qué su madre le dio ese nombre.

*Para mi maravilloso padre, el doctor Godwin Sunday Daniel Okorafor, médico y miembro del Colegio Estadounidense de Cirujanos.
(1940-2004)*

*«Queridos amigos, ¿teméis a la muerte?».
Patrice Lumumba, primer y único primer ministro electo de
la República Democrática del Congo.*

CAPÍTULO UNO

EL ROSTRO DE MI PADRE

Mi vida se hizo añicos cuando tenía dieciséis años. Papá murió. Tenía un corazón muy fuerte, pero murió. ¿Fue por el calor y el humo de su herrería? Lo cierto es que nada podía apartarlo del trabajo, de su arte. Le encantaba doblegar el metal, hacer que le obedeciera. Pero su trabajo solo parecía fortalecerlo; era tan feliz en el taller. Así pues, ¿qué lo mató? Ni siquiera hoy lo sé a ciencia cierta. Espero que no tuviera nada que ver conmigo o con lo que hice en aquella época.

Inmediatamente después de su muerte, mi madre salió corriendo de su dormitorio, llorando y lanzándose contra la pared. Entonces supe que yo sería distinta. Supe en aquel momento que nunca podría tener pleno control del fuego en mi interior. Aquel día me transformé en una criatura diferente, no del todo humana. Ese es el inicio de los hechos que sucedieron después; ahora lo entiendo.

La ceremonia tuvo lugar en las afueras de la ciudad, cerca de las dunas de arena. Era mediodía y hacía un calor horrible. Su cuerpo yacía sobre un grueso paño blanco, rodeado por una guirnalda de palmas trenzadas. Me arrodillé en la arena, junto a su cuerpo, para despedirme por última vez. Nunca olvidaré su rostro. Ya no parecía papá. La piel de papá era de un marrón oscuro, y sus labios, carnosos. Esa cara tenía las mejillas hundidas, los labios desinflados y la piel como papel de color marrón grisáceo. El espíritu de papá se había ido a otra parte.

Sentí un hormigueo en la nuca. Mi velo blanco me protegía poco de las miradas ignorantes y temerosas de la

gente. Ya por aquel entonces me observaban a todas horas. Tensé la mandíbula. A mi alrededor, las mujeres, de rodillas, lloraban y se lamentaban. Papá había sido muy querido, a pesar de que se había casado con mi madre, una mujer con una hija como yo: una hija ewu. Ya hacía tiempo que se lo habían perdonado con la excusa de que hasta el mejor de los hombres puede cometer ese tipo de error. Por encima de los plañidos, oí el suave gemido de mi madre. Ella había sufrido la pérdida más grande.

Le llegó el turno a mi madre de tener su último momento. Después se lo llevarían para incinerarlo. Bajé la mirada hacia su rostro por última vez. «No volveré a verte nunca», pensé. No estaba preparada. Parpadeé y me toqué el pecho. Ahí es cuando ocurrió... cuando me toqué el pecho. Al principio noté una quemazón que no tardó en convertirse en algo más grande.

Cuanto más me esforzaba por ponerme de pie, más intenso se volvía y más se expandía mi pena. «No pueden llevárselo», pensé con desesperación. «Aún queda mucho metal en el taller. ¡No ha terminado su trabajo!». La sensación me llenó el pecho y se propagó por el resto de mi cuerpo. Arquee los hombros para retenerla dentro. Y entonces empecé a extraerla de la gente que me rodeaba. Temblé y rechiné los dientes. La rabia bullía en mi interior. «¡Ay, no, aquí no!», pensé. «¡En el funeral de papá no!». La vida no me dejaba en paz durante el tiempo suficiente como para llorar a mi padre.

A mi espalda, los lamentos cesaron. Lo único que podía oír era la brisa suave. Resultaba muy sobrecogedor. Había algo debajo de mí, en el suelo, o quizá en otra parte. De repente, el dolor que todas esas personas sentían por papá me golpeó.

Fruto del instinto, puse la mano encima de su brazo. La gente empezó a gritar. No me di la vuelta. Estaba demasiado centrada en lo que debía hacer. Nadie intentó apartarme. Nadie me tocó. Al tío de mi amiga Luyu le cayó un ra-

yo durante una extraña tormenta unguwa durante la temporada seca. Sobrevivió, pero no podía dejar de hablar de lo que sintió al ser taladrado con violencia de dentro hacia fuera. Así me sentía yo en ese momento.

Jadeé de miedo. No podía apartar la mano del brazo de papá. Se había fusionado a él. Mi piel del color de la arena fluía dentro de la suya, de un marrón grisáceo. Un montículo de carne mezclada.

Me eché a gritar.

El alarido se me atascó en la garganta y tosí. Me quedé mirando el pecho de papá, que subía y bajaba despacio, subía y bajaba... ¡Estaba respirando! Sentí asco y, a la vez, una esperanza desesperada. Tomé una profunda bocanada de aire.

—¡Vive, papá! ¡Vive! —grité.

Un par de manos me agarraron por las muñecas. Sabía exactamente a quién pertenecían. Tenía un dedo roto y vendado. Si no me quitaba las manos de encima, le infligiría mucho más daño del que le había causado cinco días antes.

—Onyesonwu —me susurró Aro al oído. Retiró con rapidez sus dedos de mis muñecas. Oh, cuánto lo odiaba. Pero le escuché—. Se ha ido. Déjalo marchar, libéranos.

No sé cómo... Lo hice. Dejé que papá se fuera.

Todo quedó sumido en un silencio sepulcral.

Como si el mundo, durante un instante, estuviera sumergido en agua.

Y el poder que había reunido en mi interior estalló. Mi velo salió volando y mis trenzas, liberadas, restallaron frenéticas. Todo, personas y cosas, fue lanzado hacia atrás: Aro, mi madre, familia, amigos, conocidos, desconocidos, la mesa de la comida, cincuenta ñames, trece frutos enormes de baobab, cinco vacas, diez cabras, treinta gallinas y mucha arena. En la ciudad, la luz se apagó durante treinta segundos; habría que barrer las casas y revisar los ordenadores por si la arena había causado daños.

Y, de nuevo, aquel silencio subacuático.

Me miré la mano. Cuando intenté quitarla del brazo frío, inerte y muerto de papá, sonó como si estuviera pelando algo, como despegar un pegamento endeble. Mi mano dejó una silueta de mucosa seca en el brazo de papá. Me fro-té los dedos. La sustancia crujió y se descamó de ellos. Miré otra vez a papá. Y entonces caí sobre el costado y me desmayé.



Eso fue hace cuatro años. Mírame ahora. Aquí, la gente sabe que yo he sido la causante de todo. Quieren ver mi sangre, quieren hacerme sufrir, y luego quieren matarme. Pase lo que pase... detenme.

Esta noche querías saber cómo me he convertido en lo que soy. Quieres saber cómo he llegado hasta aquí... Es una larga historia. Pero te la contaré... Sí, te la contaré. Eres tonto si crees lo que otros dicen de mí. Te contaré mi historia para evitar esas mentiras. Por suerte, incluso mi larga historia cabrá en ese portátil tuyo.

Dispongo de dos días. Espero que sea suficiente. Todo llegará, pronto. Mi madre me llamó Onyesonwu. Significa: «¿Quién teme a la muerte?». Acertó con el nombre. Nací hace veinte años, durante tiempos difíciles. Resulta irónico, pero crecí lejos de las matanzas...

CAPÍTULO DOS

PAPÁ

Solo con mirarme, todo el mundo sabe que soy hija de una violación. Pero cuando papá me vio por primera vez, lo pasó por alto. Es la única persona, aparte de mi madre, que sé que me quiso nada más verme. Por eso, en parte, me resultó tan duro dejarlo marchar cuando murió.

Yo fui quien, con seis años, eligió a mi padre para mi madre.

Mamá y yo acabábamos de llegar a Jwahir. Antes habíamos sido nómadas del desierto. Un día, mientras vagábamos entre dunas, se detuvo, como si escuchara otra voz. A veces se comportaba de esa forma tan extraña y parecía conversar con otra persona que no era yo.

—Ya es hora de que vayas a la escuela —dijo.

Yo era demasiado joven para entender sus verdaderos motivos. En el desierto era bastante feliz pero, tras llegar a la ciudad de Jwahir, el mercado no tardó en convertirse en mi terreno de juego.

Durante esos primeros días, para ganar dinero rápido, mi madre vendió gran parte de sus golosinas de cactus. En Jwahir eran más valiosas que el dinero y se las consideraba un manjar delicioso. Mi madre había aprendido ella sola a cultivarlas. Al parecer, siempre tuvo la intención de regresar a la civilización.

A lo largo de esas semanas, mi madre plantó los esquejes de cactus que conservaba y montó un puesto. Yo la ayudaba lo mejor que podía. Cargaba y arreglaba cosas y atraía a los clientes. A cambio, ella me permitía una hora de tiempo libre cada día para deambular por ahí. En el desier-

to, solía alejarme un kilómetro y medio de donde estaba mi madre si el día era claro. Nunca me perdía. Así pues, el mercado me parecía pequeño, pero siempre había mucho que ver y la posibilidad de hallar problemas aguardaba detrás de cada esquina.

Era una niña feliz. La gente chasqueaba la lengua, se quejaba y apartaba la vista a mi paso. Pero me daba igual. Había gallinas y zorros que perseguir, otros niños a los que mirar descaradamente y peleas que presenciar. En ocasiones, la arena del suelo estaba húmeda por la leche de camella derramada; otras, parecía aceitosa y perfumada por lo que se derramaba de las botellas rebosantes de aceites aromáticos tras mezclarse con las cenizas del incienso y, a menudo, estaba apelmazada con excrementos de camello, vaca o zorro. Allí la arena estaba muy alterada, mientras que en el desierto permanecía intacta.

Llevábamos unos pocos meses en Jwahir cuando encontré a papá. Aquel día trascendental fue cálido y soleado. Cuando dejé a mi madre, me llevé un vaso de agua conmigo. Mi primer impulso fue ir a la construcción más extraña en Jwahir: la Casa de Osugbo. Me sentía atraída hacia aquel edificio cuadrado y decorado con formas y símbolos extraños. Era el más alto de Jwahir, y el único hecho solo de piedra.

—Algún día entraré —dije mientras lo observaba—. Pero hoy no.

Me alejé del mercado para adentrarme en una zona que no había explorado. Una tienda de electrónica vendía unos feos ordenadores restaurados. Eran unas cosas de color gris y negro con la placa madre expuesta y las carcasas rotas. Me pregunté si al tacto también serían tan feos como lo eran a la vista. Nunca había tocado un ordenador. Estiré el brazo para hacerlo.

—¡*Ta!* —exclamó el propietario desde detrás del mostrador—. ¡No se toca!

Bebí un sorbo de agua y seguí mi camino.

Al final, mis piernas me llevaron a una cueva llena de fuego y ruido. La parte delantera del edificio de adobe blanco estaba abierta. La habitación permanecía a oscuras, con alguna ráfaga ocasional de intensa luz. Un calor más abrasador que la brisa flotaba desde su interior como el aliento de la boca abierta de un monstruo. En la fachada, un cartel rezaba:

OGUNDIMU, HERRERO
LAS HORMIGAS BLANCAS NUNCA DEVORAN EL
BRONCE, LAS LOMBRICES NO COMEN HIERRO

Eché un vistazo dentro y distinguí a un hombre musculoso. Su brillante piel oscura estaba ennegrecida con hollín. «Como uno de los héroes del Gran Libro», pensé. Llevaba unos guantes tejidos con finos hilos de metal y unas gafas negras ceñidas a la cara. Tenía las aletas de la nariz ensanchadas mientras golpeaba sobre el fuego con un gran martillo. Sus grandes brazos se flexionaban con cada golpe. Podría haber sido el hijo de Ogun, la diosa del metal. Sus movimientos contenían una alegría inmensa. «Pero parece tener mucha sed», pensé. Me imaginé su garganta ardiendo y llena de ceniza. Aún llevaba mi vaso de agua. Estaba medio lleno. Entré en el taller.

Dentro hacía más calor. Pero yo había crecido en el desierto, así que estaba acostumbrada al frío y al calor extremos. Observé con cautela las chispas que saltaban del metal cuando él golpeaba.

—Oga, le traigo agua —dije con todo el respeto que pude.

Mi voz lo sobresaltó. Ver a una niña larguirucha, una *ewu*, como la llamaba la gente, en medio de su taller lo sobresaltó incluso más. Se subió las gafas. La zona que rodeaba sus ojos, donde no había caído hollín, era del mismo

marrón que la piel de mi madre. «La parte blanca de sus ojos es demasiado blanca para alguien que se pasa el día mirando al fuego», pensé.

—Niña, no deberías estar aquí —dijo. Retrocedí un paso. Su voz era muy sonora. Llena. Ese hombre podría hablar en el desierto y los animales lo oírían a kilómetros de distancia.

—No hace tanto calor —repuse, y alcé el vaso—. Tome.

Me acerqué más, muy consciente de quién era. Llevaba el vestido verde que mi madre me había cosido, hecho de un material ligero que cubría cada centímetro de mi piel, hasta los tobillos y las muñecas. Me habría obligado a llevar un velo sobre el rostro, pero no tuvo valor para hacerlo.

Era raro. En general, la gente me rechazaba por ser *ewu*. Pero a veces las mujeres me rodeaban.

—Y su piel —se decían entre ellas, nunca directamente a mí—. Es muy suave y delicada. Casi parece leche de camella.

—Tiene el cabello espeso y extraño, como un matojo de hierba seca.

—Sus ojos son como los de un gato de las arenas.

—Ani hace bello y peculiar aquello que es feo.

—Será guapa para cuando pase su Rito del Undécimo.

—¿Y para qué va a pasarlo? Nadie querrá casarse con ella.

Y luego, risas.

En el mercado, algunos hombres intentaban agarrarme, pero yo siempre era más rápida y sabía arañar. Había aprendido de los gatos de las arenas. Todo eso resultaba confuso para mi mente de seis años. Ahora, delante del herrero, temí que mis rasgos feos también le parecieran extrañamente encantadores.

Alcé el vaso hacia él. Lo cogió y tomó un sorbo largo y profundo, hasta apurar la última gota. Yo era alta para mi edad, pero él era alto para la suya. Tuve que echar la cabe-

za hacia atrás para ver la sonrisa en su rostro. Soltó un gran suspiro de alivio y me devolvió el vaso.

—Un agua muy buena —dijo, y regresó a su yunque—. Eres demasiado alta y demasiado descarada para ser un espíritu de agua.

—Me llamo Onyesonwu Ubaid —dije con una sonrisa—. ¿Y usted, Oga?

—Fadil Ogundimu —respondió y, acto seguido, se observó las manos—. Te daría la mano, Onyesonwu, pero los guantes están calientes.

—No pasa nada, Oga —dije—. ¡Es usted un herrero!

—Igual que mi padre y su padre y el padre de este y así sucesivamente —explicó.

—Mi madre y yo llegamos aquí hace unos meses —solté, y entonces me acordé de que se estaba haciendo tarde—. Oh. ¡Tengo que irme, Oga Ogundimu!

—Gracias por el agua. Tenías razón, estaba sediento.

Después de eso, lo visité a menudo. Se convirtió en mi único y mejor amigo. Si mi madre hubiese sabido que me juntaba con un hombre desconocido, me habría dado una paliza y me habría quitado mi tiempo libre durante semanas. El aprendiz del herrero, un hombre llamado Ji, me odiaba y me lo hacía saber al mirarme con desprecio cada vez que me veía, como si yo fuera un animal salvaje y enfermo.

—No le hagas caso a Ji —me dijo el herrero—. Se le da bien el metal, pero le falta imaginación. Perdónalo. Es burdo.

—¿Tú crees que soy maligna? —pregunté.

—Eres encantadora —sonrió—. La forma en la que un niño es concebido no es culpa suya ni un peso que deba cargar.

No sabía lo que significaba «concebido» y no pregunté. Había dicho que era encantadora y no quería que lo retirara. Por suerte, Ji solía llegar tarde, durante las horas más frescas del día.

No tardé en contarle al herrero cómo fue mi vida en el desierto. Era demasiado joven para saber que debía guardarme esas cuestiones tan delicadas para mí misma. No entendía que mi pasado, mi propia experiencia, era un conflicto. A cambio, él me enseñó unas cuantas cosas sobre el metal, como cuáles cedían ante el calor con más facilidad y cuáles no.

—¿Cómo era tu esposa? —le pregunté un día. Solo hablaba por hablar. Me interesaba más el pequeño montón de pan que el herrero me había comprado.

—Njeri. Tenía la piel muy oscura —dijo. Se rodeó el muslo con las dos manos—. Y tenía unas piernas muy fuertes. Participaba en carreras de camellos.

Tragué el pan que estaba masticando.

—¿En serio? —exclamé.

—La gente decía que se mantenía sobre el camello gracias a sus piernas, pero yo sé la verdad. También tenía una especie de don.

—¿Don para qué? —pregunté, inclinándome hacia delante—. ¿Podía atravesar paredes? ¿Volar? ¿Comer vidrio? ¿Transformarse en escarabajo?

El herrero soltó una carcajada.

—Lees mucho —dijo.

—¡He leído dos veces el Gran Libro! —alardeé.

—Impresionante. Bueno, mi Njeri podía hablar con los camellos, y como eso es un trabajo de hombres, se decantó por competir en carreras. Y no solo competía... Njeri las ganaba. Nos conocimos cuando éramos adolescentes y nos casamos con veinte años.

—¿Cómo era su voz? —pregunté.

—Oh, exasperante y hermosa. —Fruncí el ceño, desconcertada—. Gritaba más que hablaba —explicó mientras me cogía un trozo de pan—. Se reía mucho cuando estaba contenta y gritaba mucho cuando se enfadaba. ¿Entiendes? —Asentí—. Durante un tiempo, fuimos felices.

Calló. Esperé a que continuara. Sabía que ahora venía la parte mala. Pero decidí intervenir cuando se quedó mirando el trozo de pan.

—¿Y bien? ¿Qué pasó? ¿Te hizo daño?

Me alegré de ver que se reía, aunque mi pregunta iba en serio.

—No, no. El día que compitió en la carrera más rápida de su vida, ocurrió algo terrible. Tendrías que haberlo visto, Onyesonwu. Era la final del Festival Pluvial de Carreras. Ya había ganado esa competición antes, pero aquel día estaba a punto de batir el récord de velocidad en ochocientos metros. —Hizo una pausa—. Yo estaba en la meta. Todo el mundo estaba allí. El suelo seguía resbaladizo por las fuertes lluvias de la noche anterior. Tendrían que haber cambiado la carrera a otro día. Su camello se acercaba, con su trote patizambo. Corría más rápido de lo que jamás ha corrido ningún camello. —Cerró los ojos—. Dio un paso en falso y... cayó. —Le falló la voz—. Al final, las fuertes piernas de Njeri fueron su perdición. Aguantaron y, cuando el camello cayó, quedó aplastada bajo su peso.

Sofoqué un grito con las manos sobre la boca.

—Si hubiese saltado, habría sobrevivido. Solo llevábamos casados tres meses. —Suspiró—. El camello que montaba se negó a apartarse de su lado. La acompañó a todas partes. Unos días después de que incinerasen su cuerpo, el camello murió de pena. Todos los camellos de la zona se pasaron semanas escupiendo y gimiendo.

Se puso los guantes de nuevo y regresó al yunque. La conversación había terminado.

Transcurrieron unos meses. Seguí visitándolo cada pocos días. Sabía que estaba tentando a la suerte con mi madre, pero creía que valía la pena correr ese riesgo. Un día, el herrero me preguntó qué tal iba mi jornada.

—Bien —contesté—. Una mujer hablaba de ti ayer. Dijo que eras el mejor herrero que ha habido nunca y que al-